

TALO SVEVO LA CONCIENCIA DE ZENO

Italo Svevo es uno de los principales escritores italianos del presente siglo y al mismo tiempo uno de los menos conocidos. Estas circunstancias se deben a causas múltiples. No es mucho exagerar considerarlo en la literatura italiana al mismo nivel que, en la literatura inglesa, podemos hablar de Joyce, en la francesa, de Proust y en la alemana de Kafka. Sin embargo, esta comparación sólo atiende a la capacidad de renovar o de llevar a alturas particulares la literatura de la época, pero no a la perspectiva, técnica o búsqueda, ya sea formal o esencial. La literatura de Italo Svevo es una literatura hondamente individual.

Nace el 19 de diciembre de 1861 en Trieste, en una familia judía proveniente de Alemania y radicada en Italia dos generaciones atrás. Su nombre fue Ettore Schmitz. Aunque en su casa sólo se hablaba el italiano (su madre era italiana) su padre tuvo una marcada preferencia durante toda su vida por la educación y costumbres germanas. Acaso a esta doble visión se debe que haya adaptado como escritor el nombre de Italo Svevo, literalmente italiano-germano.

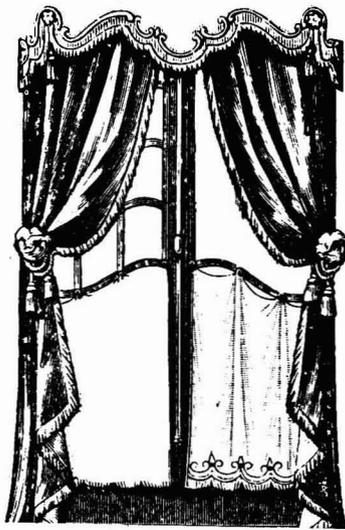
Su padre lo envió al cumplir 12 años a un renombrado colegio de Würzburg. Desde esa época lentamente comenzó a desenvolverse la vocación literaria de Svevo. La principal influencia literaria que en esos años experimentó fue, naturalmente, de escritores alemanes, y en particular de Jean Paul. Al cumplir 17 años regresó a Italia, cargado ya con las lecturas de Shakespeare y Turgueniev. Como su padre era uno de los principales comerciantes de Trieste Svevo se inscribió en la Escuela Superior de Comercio de esa ciudad. Sus estudios en comercio corrieron a la par de sus lecturas literarias y sus primeros trabajos. Mas por la quiebra de su padre se vio obligado a buscar un empleo en la oficina de correspondencia de un importante banco. Trabajaba ahí en las mañanas y durante las tardes se dedicaba a traducir y a escribir para algunos periódicos. Entre las lecturas con que se formó en ese tiempo se encontraban Michiavelli, Guicciardini y Boccaccio. Leía con entusiasmo a Carducci, al que consideraba el mejor de los poetas de esa generación. Incursiona principalmente con Balzac, Flaubert y Zola, en la literatura francesa. Aparte de estos nombres, se destacaban de alguna manera los de Schopenhauer y Renan; aquel fue quizás el principal autor que conforma la percepción y las perspectivas de observación en el joven Svevo.

En esta época comenzó a colaborar en varios periódicos de Trieste, entre ellos L'Indipendente y el Piccolo. Estos eran periódicos —y especialmente el primero— de marcada inclinación política; cuando fue cerrado L'Indipendente por motivos políticos, Svevo fue uno de los principales colaboradores que trataron de reanudarlo. En esos periódicos empieza a conocer a los principales escritores de esa época que vivían en Trieste: Hortis, Caprin, Riccardo, Pitteri y Cesare Rossi. De los jóvenes escritores de esa época Svevo fue, sin duda, el menos conocido. Años



(presentación y traducción de Carlos Montemayor)

Carlos Montemayor ■ (Chihuahua, México, 1947). Poeta y escritor. Ha publicado *Las llaves de Urgell* (cuentos) y una plaquette: *Poemas*. Publicará próximamente *Las armas y el polvo* (poemas).



después, el pintor Umberto Veruda sería el primero en reconocerlo como un gran escritor y el primero en alentarle y tener con él una amistad constante.

Hacia 1893 publica Svevo una *Vita* y después de 1896 *Senilitá*. A partir de esta última se abre un dilatado silencio de Svevo. Después de la primera guerra mundial, ya hacia 1920, Svevo vuelve a la literatura en parte motivado por James Joyce. En 1923 aparece la *Coscienza di Zeno*. La penosa condición en que Svevo se vio durante muchos años, el desconocimiento, la falta de interés por sus obras, su aislamiento, lo llevaron después de la *Coscienza di Zeno* a afirmar, no sólo literariamente sino también en su reconocimiento, una situación que no había tenido. Esta novela fue traducida muy pronto al francés por Crémieux y Valery

Larbaud. En París se encontraba a la sazón el poeta Eugenio Montale, que fue el primero que reconoció en Italia a Italo Svevo. Escribió un estudio muy elogioso hacia 1925 en *Esame*, dedicado a *Senilitá* y con la *Coscienza di Zeno* aparecieron artículos de Crémieux y Larbaud. La lectura del prólogo a la segunda edición de *Senilitá*, firmada en Trieste el primero de marzo de 1927 por Svevo, muestra una curiosa aprehensión que lo lleva a valerse repetidas veces, como para afirmarse, como para utilizar aunque sea por esa única vez una jactancia que antes no había tenido base, los nombres de Joyce, Crémieux, Larbaud, Benco, Pasini y Montale. El 13 de septiembre de 1928, cerca de los 67 años, muere, para concluir su oscura vida, en un accidente automovilístico.

LA CONCIENCIA DE ZENO

por Italo Svevo

Pasada la noche, después de haberme ocupado parte de la jornada de ayer en recoger estos recuerdos, tuve un vívido sueño que me llevó, con un salto enorme a través del tiempo, hasta aquellos días. Me vi con el doctor en la misma habitación donde habíamos discutido sobre la sangría y la camisa de fuerza, en aquella habitación cuyo aspecto ha cambiado tanto porque ahora es mía y de mi esposa. Yo le enseñaba al doctor la manera de cuidar y sanar a mi padre. mientras él (no viejo y lento como ahora, sino vigoroso e inquieto como lo era antes), con ira, le miraba las manos y los ojos desorientados, gritando que no valía la pena hacer tantas cosas. Murmuraba para sí: "La sangría lo devolverá a la vida y al dolor; no necesita aplicársele." Yo, en cambio, agitaba los puños sobre un libro de medicina y vociferaba: "¡La sangría! ¡Quiero la sangría! ¡Y también la camisa de fuerza!"

Parece que mi sueño se había hecho audible porque mi mujer lo interrumpió despertándome. ¡Sombras lejanas! Creo que al desearlas tuve un auxilio óptico y esto lo contemplé al revés.

Mi sueño tranquilo es el último recuerdo de aquella noche. Siguiéron después algunos largos días que ahora me parecen por completo otra cosa. El tiempo mejoró; se dijo que había también mejorado el estado de mi padre. El se movía libremente en la habitación siguiendo el recorrido que iba de la cama a la poltrona. A través de la ventana cerrada veía también por momentos el jardín cubierto de nieve deslumbrante por el sol. Todas las veces que llegué a entrar en la habitación estuve listo para negar y disminuir la conciencia que el doctor Coprosich esperaba. Pero todos los días, por su parte, mi padre demostraba sentirse y entender mejor, aunque su usual lucidez estaba siempre distante.

Pero a pesar mío, debo confesar que en el lecho de muerte de



mi padre albergaba en mi alma un grande rencor que se unía extrañamente con el dolor y lo desvirtuaba. El rencor estaba dedicado antes que nada al doctor Coprosich, pero aumentaba con mi esfuerzo por ocultárselo. Tampoco pude saber cómo retomar la discusión con el doctor para decirle claramente que no daba un comino por su ciencia y que diagnosticaba la muerte de mi padre para ahorrarle el dolor.

También por el enfermo se acabó el interés. Quien haya estado durante días y semanas al lado de un enfermo inquieto, siendo inepto para actuar como enfermero y por ello sólo un espectador pasivo de todo lo que los otros hacen, me entenderá. Yo tenía necesidad de un gran reposo para aclarar mis ánimos y calmarme y saborear a solas el dolor por mi padre y por mí. Mas, por el contrario, ora tenía que luchar por hacerle tomar la medicina, ora para impedirle salir de la habitación. La lucha produce siempre el rencor.

Una tarde, Carlo, el enfermero, me llamó para que viera que en mi padre había una nueva mejoría. Corrí, el corazón batiéndome, con la idea de que el viejo pudiese recuperarse de la enfermedad y echármela en cara.

Mi padre estaba en medio de la habitación, de pie, vestido sólo con la ropa de cama y en la cabeza su gorro de noche de seda rosa. Aunque el asma era siempre fortísima, de tiempo en tiempo decía alguna breve palabra sensata. Cuando yo entré, le dijo a Carlo:

— ¡Abre!

Quería que se abriese la ventana. Carlo respondió que no podía hacerlo debido al intenso frío. Mi padre por un momento desistió de su petición. Fue a sentarse en una poltrona junto a la ventana y lo vi extenderse buscando alivio. Al verme, sonrió y me preguntó:

—¿Has dormido?

No creo que mi respuesta le importara. No era esa la lucidez que yo había temido tanto. Cuando uno muere es bueno pensar en otra cosa que no sea la muerte. Todo su organismo estaba dedicado a la respiración. En vez de escucharme gritó de nuevo a Carlo:

—¡Abre!

No tenía descanso. Dejaba la poltrona y se ponía de pie. Después, con gran trabajo y con la ayuda del enfermero, se acostaba en el lecho colocándose primero por un instante sobre el costado izquierdo y después sobre el derecho, con el cual sabía resistir algunos minutos. Pedía de nuevo la ayuda del enfermero para ponerse de pie y terminaba regresando a la poltrona, donde permanecía otra vez más largamente.

Aquel día, yendo del lecho a la poltrona, se detuvo delante del espejo y observándose murmuró:

—¡Parezco un mexicano!

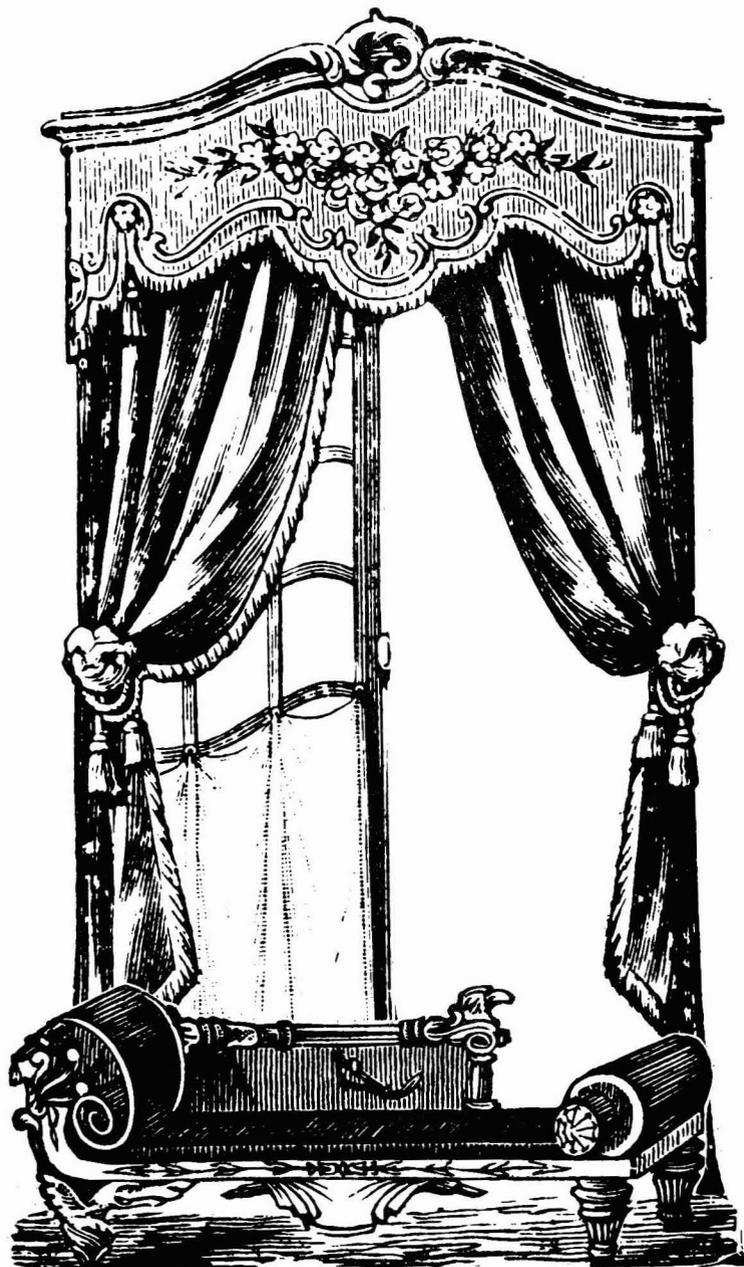
Pienso que por querer desembarazarse de esa horrible monotonía de su paseo del lecho a la poltrona intentó fumar aquel día. Alcanzó a llenarse la boca con una sola fumada que, debido al asma, expulsó inmediatamente.

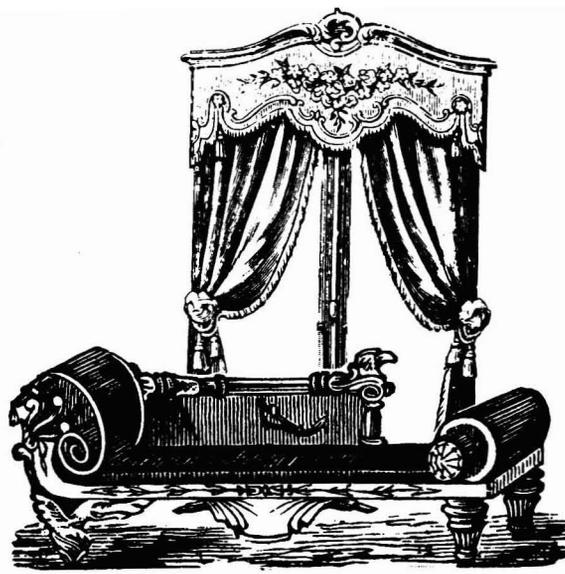
Carlo me había llamado para que viera un instante de nítida conciencia en el enfermo:

—¿Estoy gravemente enfermo? —había preguntado con angustia. Esa lucidez no regresó más. Por el contrario, poco después tuvo un momento de delirio. Se levantó del lecho y creyó haber despertado después de una noche de sueño en un hotel de Viena. Debió haber soñado con Viena por el deseo de frescura en la boca quemante y por recordar el agua magnífica y helada que hay en esa ciudad. Habló de pronto de la buena agua que lo esperaba en la fuente cercana.

Por lo que resta, puedo decir que era un enfermo inquieto, aunque apacible. Yo lo amedrentaba porque temía siempre verlo exasperarse cuando hubiese comprendido su situación y porque su docilidad no llegaba a atenuar mi gran cansancio, aunque él aceptaba obediente cualquier proposición que se le hiciera, porque de todos esperaba ser salvado del asma. El enfermero se ofreció a traerle un vaso de leche y él aceptó con verdadera alegría. Con la misma ansiedad que esperó obtener aquella leche, después de ingerir un pequeño trago quiso que lo dejáramos solo, y porque no se le complació rápidamente dejó caer el vaso en el suelo.

El doctor no se mostraba ya decepcionado del estado en que se encontraba el enfermo. Todos los días comprobaba una mejoría, pero le parecía inminente la catástrofe. Un día que vino en un carruaje tuvo prisa por marcharse. Me recomendó que indujera al enfermo a permanecer acostado lo más que fuese posible, porque la posición horizontal era la mejor para la circulación de la sangre. También hizo la recomendación a mi padre y él aceptó, y con un





aspecto inteligentísimo prometió hacerlo, quedando empero de pie en medio de la habitación y volviendo pronto a su distracción, o mejor, a aquello que yo llamaba su distracción de asma.

Durante la noche que siguió, sentí por última vez el terror de ver resurgir aquella conciencia que tanto temía. El estaba sentado en la poltrona junto a la ventana y miraba a través del vidrio, en la noche clara, el cielo estrellado. Su respiración era siempre asmática, pero no parecía sufrir, absorto como estaba en mirar el cielo. Acaso debido a la respiración me pareció que su cabeza hacía los signos del consentimiento.

Pensé temeroso: "Ahora se dedica a los problemas que siempre evitó." Traté de descubrir el sitio exacto del cielo que él veía. Observaba, siempre erguido sobre su pecho, con el esfuerzo de quien espía a través de un orificio situado muy en lo alto. Me pareció que miraba las Pléyades. Creo que en toda su vida no había mirado tan lejos. Improvisamente se volvió hacia mí, siempre con los hombros erguidos.

—¡Mira! ¡Mira! —me dijo con un semblante severo de amonestación. Volvió de pronto a fijarse en el cielo y luego se dirigió de nuevo hacia mí:

—¿Has visto? ¿Has visto?

Intentó volverse hacia las estrellas pero no pudo: se abandonó exhausto en el respaldo de la poltrona y cuando yo le pregunté qué cosa había querido mostrarme, no me comprendió ni recordó haber visto algo ni haber deseado que yo lo viese. La palabra que buscó tanto comunicarme se había desvanecido para siempre.

La noche fue larga, pero debo confesarlo, no especialmente agotadora para mí y para el enfermero. Dejábamos hacer al enfermo lo que él quisiera, y caminaba por la habitación en su extraña vestimenta, totalmente ignorante de que esperaba la muerte. Una vez intentó salir por el pasillo donde hacía mucho frío. Yo se lo impedí y él me obedeció prontamente. En otra ocasión, por el contrario, el enfermero, que había escuchado la recomendación del médico, quiso impedirle que se levantara del lecho, pero entonces mi padre se rebeló. Saliendo de su estupor, se levantó llorando y blasfemando y yo conseguí que le dejase la libertad de moverse como él quisiera. Se aquietó muy pronto y retornó a su vida silenciosa y a su vano recorrido en busca de alivio.

Cuando el médico regresó, él se dejó examinar, tratando, incluso, de respirar lo más profundamente que se le pedía. Entonces, se dirigió hacia mí:

—¿Qué cosa dice?

Me olvidó por un instante y luego volvió a preguntarme:

—¿Cuándo podré salir?

El doctor, desanimado por tanta docilidad, me exhortó a decirle que se esforzara por permanecer lo más posible en el lecho. Mi padre sólo escuchaba las voces que le eran más familiares, la mía, la de María y la del enfermero. Yo no creí en la eficacia de esas

recomendaciones, pero les hice imprimiendo en mi voz un tono de amenaza.

—Sí, sí —prometió mi padre, pero en ese mismo instante se levantó hacia la poltrona.

El médico lo miró y murmuró para sí, resignado:

—Se ve que el cambio de postura le da un poco de alivio.

Poco después estaba yo en la cama, pero no pude pegar los ojos. Contemplaba hacia el futuro tratando de encontrar por qué y por quién habría podido yo continuar mis esfuerzos de mejorarme. Pensé mucho, pero más en mí mismo que en el desgraciado que corría sin paz por su recámara.

Cuando me levanté, María fue a acostarse y yo quedé al lado de mi padre, junto con el enfermero. Estuve abatido y cansado; mi padre más inquieto que nunca.

Fue entonces cuando sucedió la escena terrible que no olvidaré, que arrojó lejos, lejos su sombra, que ofuscó todo mi valor, toda mi alegría. Después, por olvidar el dolor, mi sentimiento fue debilitándose con los años.

El enfermero me dijo:

—Qué bueno sería que pudiéramos mantenerlo en el lecho. ¡El doctor le da tanta importancia!

En aquel momento yo estaba sentado cansadamente en el sofá. Me levanté y caminé al lecho donde, más jadeante que nunca, el enfermo estaba acostado. Me dije: obligaré a mi padre a quedar al menos media hora en el reposo deseado por el médico. ¿No es este mi deber?

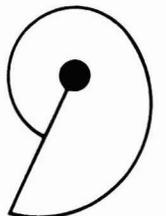
De pronto mi padre intentó volverse hacia la orilla de la cama, para sustraerse a mí y levantarse. Con mano fuerte sobre su espalda se lo impedí, mientras en voz alta e imperiosa le ordené no moverse. Por un instante, aterrorizado, él obedeció. Después exclamó:

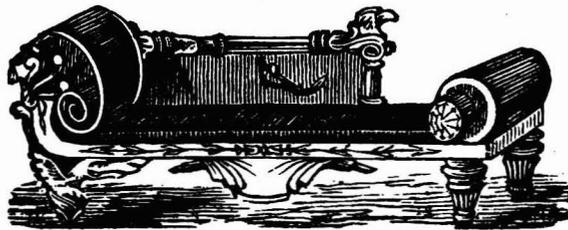
—¡Muero!

Y se incorporó. Por mi parte, repentinamente asustado con su grito aflojé la presión de mi mano. Gracias a esto él pudo sentarse en la orilla de la cama justo enfrente de mí. Pienso que entonces su ira aumentó al encontrarse —al menos por ese momento— impedido en sus movimientos y le pareció evidente que yo le coartaba también el espacio de que tanta necesidad tenía, como le tapaba la luz estando de pie enfrente de él. Con un esfuerzo supremo llegó a ponerse de pie, alzó la mano alto, alto, como si hubiese sabido que no podía comunicarle otra fuerza sino la del peso, y la dejó caer sobre mi mejilla. Después se deslizó sobre la cama y de ahí sobre el suelo. ¡Muerto!

Yo no supe que estaba muerto, pero sí se me contrajo el corazón por el dolor del castigo que él, moribundo, había querido darme. Con la ayuda de Carlo lo levanté y lo puse en la cama. Igual que un niño castigado, le grité llorando al oído:

—¡No es mi culpa! Fue aquel maldito doctor que quería obligarte a estar acostado.





Era mentira. Pero después, todavía como un niño, añadí la promesa de no hacerlo más:

—Te dejaré moverte como quieras.

El enfermero dijo:

—Está muerto.

Me alejé con vivo dolor de aquella habitación. El estaba muerto y yo no podía probarle mi inocencia.

En la soledad intenté recuperarme. Razoné que estaba excluido que mi padre, fuera de sus sentidos, hubiera podido decidir castigarme y dirigir su mano con tanta exactitud para golpear mi mejilla.

¿Cómo llegar a tener la certeza de que mi razonamiento era justo? Pensé dirigirme al doctor Coprosich. El, como médico, habría podido decirme algo sobre la capacidad de decidir y de actuar de un moribundo. Pude también haber sido víctima de un acto causado por la necesidad de facilitarse la respiración. Pero no hablé con el doctor Coprosich. Era imposible revelarle cómo mi padre se había despedido de mí.

Pero después sentí otra grave culpa cuando oí que Carlo, el enfermero, en la cocina, por la tarde, contaba a María:

—El padre alzó la mano alto, alto y su último acto fue golpear el hijo— El lo sabía, y por tanto Coprosich ya se habría enterado también.

Cuando regresé a la habitación habían vestido el cadáver. El enfermero debió haberle peinado incluso la bella, blanca cabellera. La muerte había hecho rígido aquel cuerpo que yacía soberbio y amenazador. Sus manos grandes, potentes, bien formadas, estaban pálidas, pero con tanta naturalidad que parecían listas para asir y castigar. No quise, no pude verlo más.

Después, en los funerales, volví a recordar a mi padre dulce y bueno como lo había conocido siempre desde mi infancia, y me convencí de que aquella bofetada que me había dado moribundo no la había deseado realmente. Se tornó bondadoso, y ese recuerdo de mi padre me acompañó, haciéndose cada vez más dulce. Fue como un sueño delicioso: estábamos ahora ya perfectamente de acuerdo; yo convertido en el más débil y él en el más fuerte.

Después, por mucho tiempo permanecí en aquella región de mi infancia. Imaginé que mi padre me sentía y podía decirle que la culpa no era mía sino del doctor. La mentira no tenía importancia, porque ahora él entendía todo y yo también. Y por bastante tiempo, las conversaciones con mi padre continuaron, dulces y ocultas como un amor prohibido. Delante de todos yo continuaba riéndome de toda práctica religiosa, pero en verdad —y quiero confesarlo— diaria y fervientemente yo recomendaba a *alguien* el alma de mi padre. Porque verdadera es aquella religión que no necesita profesarse en voz alta para que nos conforte en las veces que, incomprensiblemente, nos quedamos sin nada.

